

Matilda

Roald Dahl



Plan nacional
de lecturas



Ministerio de Educación
Argentina

Argentina unida

“Matilda” (Fragmento) de Roald Dahl

© Alfaguara

© Roald Dahl

Ilustraciones: Jimena Tello



Texto publicado por
Campana Nacional de Lectura
en el marco de la colecci3n
“De la biblioteca a tu casa”, 2007

MATILDA

de Roald Dahl

Al cumplir los tres años, Matilda ya había aprendido a leer sola, valiéndose de los periódicos y revistas que había en su casa. A los cuatro leía de corrido y empezó, de forma natural, a desear tener libros. El único libro que había en aquel ilustrado hogar era uno titulado "Cocina fácil", que pertenecía a su madre. Una vez que lo hubo leído de cabo a rabo y aprendió de memoria todas las recetas, decidió que quería algo más interesante.

–Papá –dijo– ¿no podrías comprarme algún libro?

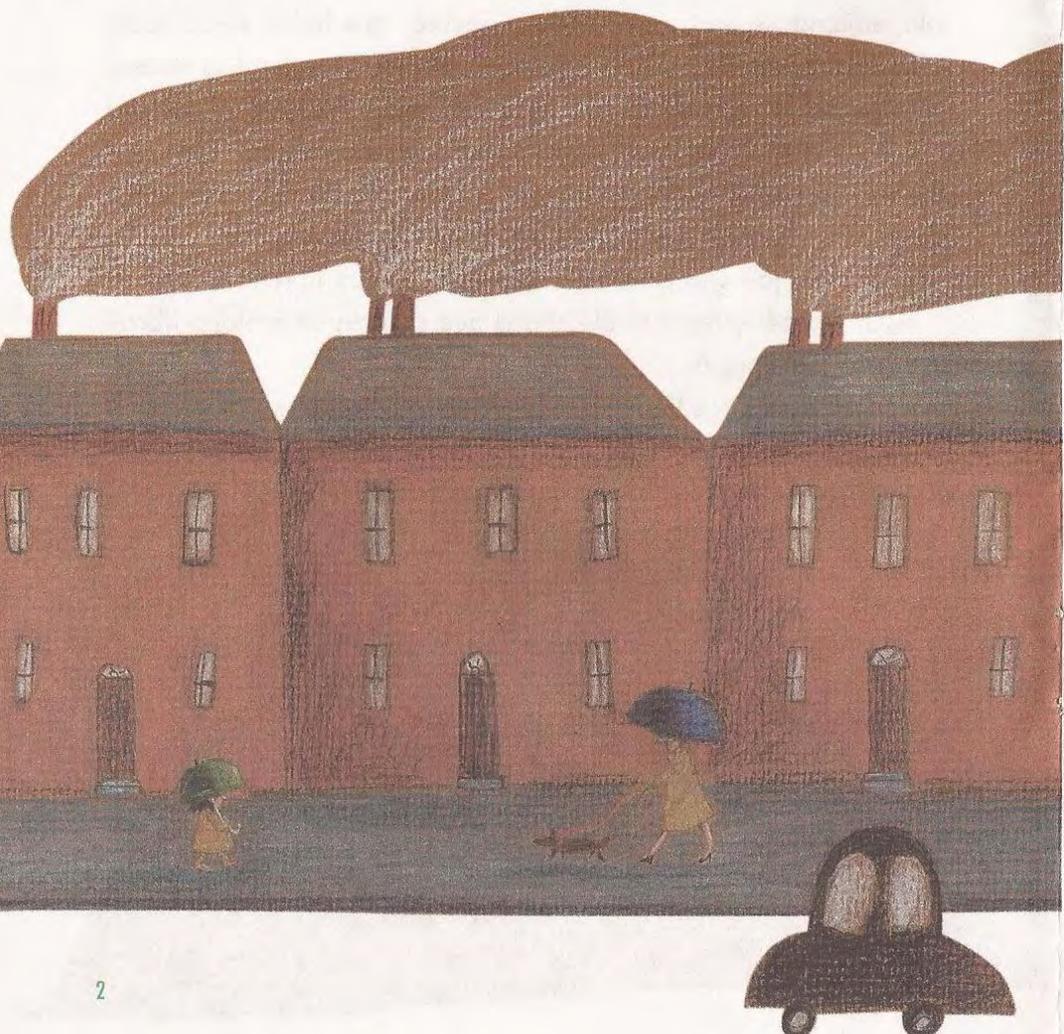
–¿Un libro? –preguntó él– ¿Para qué quieres un maldito libro?

–Para leer, papá.

–¿Qué demonios tiene de malo la televisión? ¡Hemos comprado un precioso televisor de doce pulgadas y ahora vienes pidiendo un libro! Te estás echando a perder, hija...



Entre semana, Matilda se quedaba sola en la casa casi todas las tardes. Su hermano, cinco años mayor que ella, iba a la escuela. Su padre trabajaba y su madre se marchaba a jugar al bingo a un pueblo situado a ocho millas de allí. La tarde del día en que su padre se negó comprarle un libro, Matilda salió sola y se dirigió a la biblioteca pública del pueblo. Al llegar, se presentó a la bibliotecaria, la señora Phelps. Le preguntó si podía

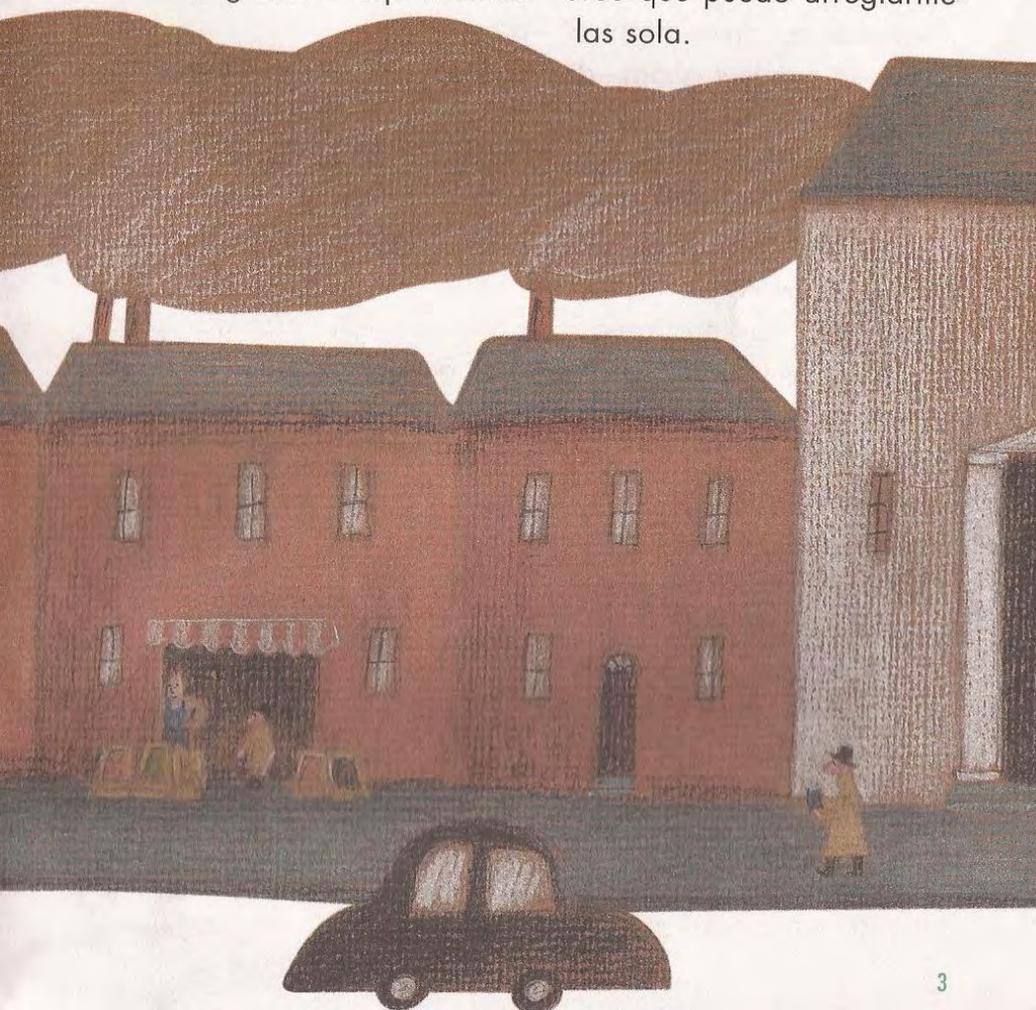


sentarse un rato y leer un libro. La señora Phelps, algo sorprendida por la llegada de una niña tan pequeña sin que la acompañara ninguna persona mayor, le dio la bienvenida.

—¿Dónde están los libros infantiles, por favor? —preguntó Matilda.

—Están allí, en los estantes más bajos —dijo la señora Phelps— ¿Quieres que te ayude a buscar uno bonito con muchos dibujos?

—No gracias —dijo Matilda— Creo que puedo arreglármelas sola.



A partir de entonces, todas las tardes, en cuanto su madre se iba al bingo, Matilda se dirigía a la biblioteca. El trayecto le llevaba sólo diez minutos y le quedaban dos hermosas horas, sentada tranquilamente en un rincón acogedor, devorando libro tras libro. Cuando hubo leído todos los libros infantiles que había allí, comenzó a buscar alguna otra cosa.

La señora Phelps, que la había observado fascinada durante las dos últimas semanas, se levantó de su mesa y se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarte, Matilda? —preguntó.

—No sé qué leer ahora —dijo Matilda—. Ya he leído todos los libros para niños.

—Querrás decir que has completado los dibujos ¿no?

—Sí, pero también los he leído.

La señora Phelps bajó la vista hacia Matilda desde su altura y Matilda le devolvió la mirada.

—Algunos me han parecido muy malos —dijo Matilda— pero otros eran bonitos. El que más me ha gustado ha sido "El jardín secreto". Es un libro lleno de misterio. El misterio de la habitación tras la puerta cerrada y el misterio del jardín tras el alto muro.

La señora Phelps estaba estupefacta.

—¿Cuántos años tienes exactamente, Matilda? —le preguntó.

—Cuatro años y tres meses.

La señora Phelps se sintió más estupefacta que nunca, pero tuvo la habilidad de no demostrarlo.

—¿Qué clase de libro te gustaría leer ahora? —preguntó.



–Me gustaría leer uno bueno de verdad, de los que leen las personas mayores. Uno famoso. No sé ningún título.

La señora Phelps, tomándose su tiempo, revisó los estantes. No sabía muy bien qué escoger. ¿Cómo iba a escoger un libro famoso para adultos para una niña de cuatro años?

–Prueba con éste –dijo finalmente–. Es muy famoso y muy bueno. Si te resulta muy largo, dímelo y buscaré algo más corto y un poco menos complicado.

–Grandes esperanzas –leyó Matilda– Por Charles Dickens. Me gustaría probar.

–Debo estar loca –se dijo a sí misma la señora Phelps, pero alentó a Matilda:

–Claro que puedes probar.

Durante las tardes que siguieron, la señora Phelps apenas quitó ojo a la niñita sentada hora tras hora en el gran sillón al fondo de la sala, con el libro en el regazo. Tenía que apoyarlo en el regazo porque era demasiado pesado para sujetarlo con las manos, lo que significaba que debía sentarse inclinada hacia delante para poder leer. Resultaba insólito ver a aquella chiquilla de pelo oscuro con los pies colgando, sin llegar al suelo, totalmente absorta en las maravillosas aventuras de Pip y la señorita Abisman y su casa llena de telarañas dentro del mágico hechizo que Dickens, el gran narrador, había sabido tejer con sus palabras. El único movimiento de la lectora era el de su mano cada vez que pasaba una página.

Al cabo de una semana, Matilda terminó “Grandes esperanzas” que, en aquella edición, tenía cuatrocientas once páginas.

–Me ha encantado –le dijo a la señora Phelps–. ¿Ha escrito otros libros el señor Dickens?

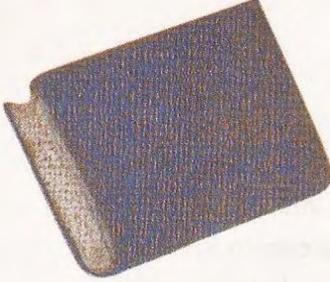
–Muchos otros –dijo asombrada la señora Phelps–.

¿Quieres que te elija uno?

–El señor Hemingway dice algunas cosas que no comprendo –dijo Matilda–. Especialmente sobre hombres y mujeres. Pero, a pesar de eso, me ha encantado. La forma como cuenta las cosas hace que me sienta como si estuviera observando todo lo que pasa.

–Un buen escritor siempre te hace sentir de esa forma –dijo la señora Phelps– Y no te preocupes por las cosas que no entiendas. Deja que te envuelvan las palabras, como la música.





-Sí, sí.

-¿Sabías -le preguntó la señora Phelps- que las bibliotecas públicas como ésta te permiten llevar libros prestados a casa?

-No lo sabía -dijo Matilda-. ¿Podría hacerlo?

-Naturalmente -dijo la señora Phelps-. Cuando hayas elegido el libro que quieras, tráemelo para que yo tome nota y es tuyo durante dos semanas. Si lo deseas, puedes llevarte más de uno.

A partir de entonces, Matilda sólo iba a la biblioteca una vez por semana, para sacar nuevos libros y devolver los anteriores. Le resultaba agradable llevarse una bebida caliente y tenerla al lado mientras se pasaba las tardes leyendo en su tranquila habitación de la casa desierta. Los libros la transportaban a nuevos mundos y le mostraban personajes extraordinarios que vivían vidas excitantes. Navegó en tiempos pasados con Joseph Conrad. Fue a África con Ernest Hemingway y a la India con Rudyard Kipling. Viajó por todo el mundo, sin moverse de su pequeña habitación de aquel pueblecito inglés.



ROALD DAHL

Nació en Gales en 1916 y murió en 1974. Sus padres eran noruegos. No fue feliz en la escuela, lo que influyó enormemente en su escritura. Su vida fue difícil, con diversas tragedias personales y familiares. Fue piloto durante la 2ª Guerra Mundial.

Dahl y su familia regresaron a Inglaterra en 1960. Fue allí, en una pequeña cabaña al fondo del jardín de su casa, que Roald veía como un refugio acogedor, donde escribió la mayoría de sus inolvidables libros.

En una encuesta del Día Mundial del Libro de 1999, realizada entre 15000 niños de 7 a 11 años, *Matilda* fue votado como el libro infantil más popular. *Charlie y la fábrica de chocolate*, *Los cretinos* y *El gran gigante egoísta* aparecieron también entre los diez primeros.

Algunos de sus libros para niños son: *Los gremlins*; *James y el melocotón gigante*; *Charlie y la fábrica de chocolate*; *El dedo mágico*, *El Superzorro*, *Charlie y el gran ascensor de cristal*; *El cocodrilo enorme*; *Los Cretinos*; *La maravillosa medicina de Jorge*; *Las brujas*; *La jirafa, el pelicano y el mono*; *Matilda*; *Los Minpins*.

Sus libros de poesía para niños son *Cuentos en verso para niños perversos*, *¡Qué asco de bichos!* y *Puchero de rimas*. También escribió guiones para cine y TV.

Si querés saber más sobre este escritor podés consultar:

<http://usuarios.lycos.es/roalddahl/>

Leer es tu derecho.

El **Plan Nacional de Lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.